

EL CASO DE ÁLVARO



(Extraído de María Jesús Álava Reyes:
La verdad de la mentira. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016)

Álvaro tenía 51 años, un hijo y una mujer de la que presumía mucho socialmente, pero a la que respetaba poco.

A los 3 años escasos de casarse ya tuvo su primera «aventura». Físicamente, resultaba atractivo, y era un auténtico narcisista; constantemente buscaba el éxito fácil y la adulación del público, en especial del femenino.

En el ámbito profesional estaba bastante estancado. Aunque era un hombre listo, hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que hay que esforzarse mucho para progresar, dedicar demasiado tiempo y energías, y había decidido que a él no le compensaba, por lo que trabajaba lo justo para no quedar señalado negativamente. [...]

La relación con su hijo era escasa desde que surgieron los primeros conflictos con la llegada de la adolescencia. Cuando Gonzalo era pequeño, sí que le gustaba jugar con él; en realidad, eran como dos niños, como dos colegas al mismo nivel, pero cuando a los 13 años empezó con esa etapa típica de rebeldía, en la que cuestionaba todo lo que sus padres hacían o decían, Álvaro se sintió muy perdido y hasta decepcionado y, poco a poco, se fue alejando.

Con estos antecedentes, quizá resulte extraño que Álvaro acudiera a un psicólogo. Efectivamente, no creía demasiado en la labor que podríamos realizar con él, pero se sintió forzado a venir por las circunstancias que estaba viviendo.

Los acontecimientos se habían sucedido en las dos últimas semanas de forma vertiginosa. Lourdes, la mujer de Álvaro, veía que este inventaba cualquier excusa para llegar tarde a casa. [...] Álvaro decía que tenía una racha de mucho trabajo [...], pero cuando llegaba a las tantas de la noche a casa, su aspecto recordaba más a un dandi que viniese de un acto social que a una persona agotada por el exceso de trabajo.

Una noche que llegó muy tarde y demasiado «contento», se desencadenó la tormenta. El hijo de ambos, que acababa de cumplir 18 años, estaba muy molesto con la actitud de su padre. [...] Su abuela, a la que estaba muy unido, se encontraba grave y su madre estaba agotada y muy preocupada. No comprendía cómo su padre no mostraba el mínimo interés por su abuela, ni cómo, lejos de apoyar a su madre, llevaba una temporada como si estos acontecimientos no tuvieran nada que ver con él; estaba permanentemente ausente, solo pendiente de su aspecto físico. Esa noche la situación estalló. Álvaro llegaba eufórico, con una risa descontrolada y, como era habitual en él las últimas semanas, solo pendiente de los mensajes que constantemente recibía en su móvil. Su hijo, al ver la escena, le increpó, recriminándole que fuese capaz de estar

pendiente solo de los mensajitos del móvil, sin preocuparse para nada por lo que estaba sucediendo. Le reprochó que no hubiera ido ni una vez a visitar a su abuela, y que se mostrase tan ajeno al dolor que él y su madre tenían. Entonces, su padre, hasta ese momento risueño y despreocupado, empezó a hacerse el ofendido y le dijo que no le toleraba que le hablase así, agitando con tanta vehemencia las manos que se le cayó el móvil; en ese instante, sí que pareció muy preocupado y su cara cambió de color. Su hijo se percató del detalle, fue más rápido que él y cogió su móvil, justo en un momento en que entraba un mensaje en unos términos demasiado íntimos y comprometedores.

El muchacho se quedó bloqueado al leer el texto, y acto seguido, vociferando, le preguntó a su padre qué tenía que decir (mostrándole la pantalla del móvil), qué excusa se iba a inventar esta vez, qué relación tenía con «esa zorra que le enviaba esos mensajes»... Su madre —que hasta ese instante se había mantenido sin intervenir— les pidió a los dos que no discutiesen, le rogó a su hijo que les dejase solos y le preguntó directamente a su marido qué pasaba. Este, como de costumbre, echó balones fuera y dijo que lo único que ocurría era que tenían un hijo insoportable, que no tenía el mínimo respeto por su padre y que ella haría bien en afearle su conducta. Pero Lourdes no estaba esa noche para discursos sobre la educación de su hijo y, alzando la voz (algo poco habitual en ella), le preguntó qué tenía que decir ante los mensajes que su hijo había leído en voz alta. A pesar de las evidencias, Álvaro empezó a balbucear diciendo que lo podía explicar todo. Lourdes le miró con desolación y, con una voz rota por el cansancio, le dijo que qué tenía que explicar, que ella siempre le había respetado, que aunque él a veces se comportaba de forma infantil, ella lo atribuía a que su marido sufría la típica crisis de los 50, y estaba teniendo una paciencia infinita con él, pero que lo de las últimas semanas ya no tenía justificación: sabiendo él lo importante que era para ella su madre, que le habían detectado una grave enfermedad, y que la acababan de operar, él, lejos de estar a su lado, apoyándola en esos difíciles momentos, llegaba bebido a casa, con signos evidentes de habérselo pasado muy bien, y no precisamente en el trabajo, y con la desfachatez de estar enviándose mensajes con alguna joven conquista, que probablemente ni sabría que estaba casado...

Álvaro no solo no asumió los reproches de su mujer, sino que se hizo el digno, el ofendido, y empezó a tratar de justificar lo injustificable. Pero esta vez fue diferente, Lourdes estaba demasiado quemada, demasiado cansada, demasiado dolida y humillada como para escuchar pacientemente sus mentiras. De repente, se levantó y le dijo que se marchase inmediatamente de casa.

Esa noche Álvaro comprendió que la batalla estaba perdida, pero al día siguiente, por primera vez se acercó al hospital para ver a su suegra y buscar la ocasión de ablandar a Lourdes. La visita apenas duró 10 minutos, pero cuando ya se despedía, aprovechando que estaba otro familiar en la habitación, Álvaro insistió en que a Lourdes le convenía dar un paseo para despejarse un poco. La escena siguiente fue patética, Álvaro le dijo que tanto ella como su hijo se equivocaban y habían malinterpretado los mensajes. Con un cinismo digno de mejor causa, intentó argumentar que todo era un montaje, que estaba haciendo un favor a una amiga que intentaba dar celos a su pareja mandando mensajes comprometidos a Álvaro, que era como un juego, al que él había accedido solo para ayudar a su amiga.

Lourdes le dijo que no siguiera inventando más, que se sentía muy débil, muy agotada, que no podía pensar con claridad y que necesitaba unos días para decidir cómo actuar, que, al margen de su posible infidelidad, se había sentido muy sola, muy decepcionada por su actitud y su comportamiento durante las últimas semanas.

Como era típico en él, Álvaro en ese momento prometió el cielo y la tierra, suplicó que le dejase quedarse en casa, insistió en que él la cuidaría, volvería corriendo en cuanto terminase cada día el trabajo y le demostraría cómo la quería.

Al cabo de una semana, Lourdes le dijo que no le creía, que le parecía todo muy ficticio y que pensaba que los dos necesitaban ayuda psicológica; ella, para recuperarse del impacto y del dolor que sentía, y él, para que empezara a madurar, asumiera su edad y las circunstancias de su

vida. Si aceptaba venir a terapia, tenía que saber que a partir de ese momento tendría que comprometerse a vivir de verdad como una familia, no como un soltero con todas las libertades del mundo y sin ninguna responsabilidad.

Álvaro accedió pensando que con esto la situación estaba salvada. Resulta curioso comprobar cómo algunas personas están tan acostumbradas a mentir que creen que pueden engañar incluso a psicólogos expertos.

Nuestro protagonista hizo una auténtica puesta en escena el primer día que vino a consulta. Todo en él era sobreactuación y simulación, pero sus palabras grandilocuentes, [...] la excesiva duración de las pausas, el empleo constante de frases negativas nos indicaban que estábamos ante un mentiroso compulsivo.

Le comenté que no tenía sentido venir a terapia si no estaba dispuesto a implicarse y abrirse de verdad. Respondió que estaba encantado de venir. Entonces le dije que dejara de fingir, que como psicóloga rápidamente detectaba cuándo una conducta no era espontánea.

Curiosamente, Álvaro se sintió muy sorprendido cuando le expliqué todos los detalles que había observado en su comportamiento y que me demostraban que estaba mintiendo. Se quedó tan impactado que apenas volvió a hablar el resto de la sesión; de repente, contestaba con monosílabos, y cuando intentaba hilvanar una frase, rápidamente se cortaba, me miraba y se paraba. Al final, llegamos a un acuerdo, tendríamos una segunda sesión, pero solo continuaríamos si realmente se implicaba en el tratamiento, si quería profundizar de verdad en su situación actual, en lo que él sentía, en la persona que era, en lo que quería ser, en sus motivaciones más profundas...

A lo largo de esa semana, entre la primera y la segunda sesión, le pedí que realizara una serie de registros, de anotaciones, que escribiera cada vez que fuese consciente de que estaba mintiendo o simulando, pero también que escribiera cuando se sintiera mal, anotando literalmente cuáles eran los pensamientos que en ese momento tenía en su cabeza.

Transcurridos siete días, Álvaro volvió a la consulta. Los dos primeros días había hecho algo parecido a un diario, y a partir del tercero no había vuelto a escribir. Comentó que le resultaba muy duro desnudarse de esa forma y que no estaba seguro de querer cambiar, pero que como sabía que tenía que ser sincero, sí que había decidido que le gustaría aprender algunos «trucos» psicológicos que le pudieran ayudar en su relación con los demás.

Lógicamente, los psicólogos no estamos para enseñar «trucos» que puedan ser utilizados para «manipular», y así se lo manifesté a Álvaro, y le dejé muy claro que nunca lo haría, pero observé un pequeño avance y le dije que, al menos, valoraba que hubiera sido capaz de decir una verdad, que quería aprender trucos que le permitiesen tener ventaja en sus relaciones. Aunque negó una y otra vez que ese fuese el auténtico objetivo, acordamos que si venía la semana siguiente, sería porque estaba dispuesto a mirarse de verdad por dentro, y asumir las consecuencias de sus comportamientos.

Estuvimos dos meses trabajando en su autoconocimiento, en la asunción de sus responsabilidades, en la superación de sus hábitos compulsivos de mentir.

Profundizamos en cómo hay variables de personalidad que han mostrado una relación muy alta con la tendencia a mentir. Él era bastante narcisista, y también muy inmaduro, con un estilo de apego «evitador». Álvaro comprendió que era muy egoísta, a diferencia de Lourdes, quien había reaccionado dándole una nueva oportunidad, intentando abordar el problema con él y sin cortar la relación hasta ver cuál era su evolución.

Lourdes tenía muchos motivos para terminar con Álvaro, pero no quiso tomar una determinación en medio del dolor; prefirió trabajar su afectividad, recuperar su confianza y elevar su autoestima, para poder ser objetiva.

Lourdes sabía que tenía que tomar una decisión. En el fondo, era consciente de que siempre había protegido a Álvaro, y que hacía ya muchos años que esperaba poco de él; quizá, de forma

errónea, se había resignado a tener una relación sin ruido, sin grandes emociones, pero sin discusiones. Ahora, cuando a su madre le quedaban pocos meses de vida, se había dado cuenta de que somos muy vulnerables a la enfermedad, de que eso hace que nos replanteemos la vida, de que nuestra salud y la de las personas queridas no las podemos comprar. Ahora, por fin, había decidido que no le compensaba vivir engañada, sumida en la mentira.

Finalmente, un día le comunicó a Álvaro que valoraba sus esfuerzos, que se daba cuenta de que por primera vez estaba intentando cambiar, pero que ya era tarde, que ella se encontraba agotada, llena de dolor, y con educar a un hijo ya tenía bastante.

[...] Álvaro fue consciente de que todo había terminado, y aunque había «aparcado» su relación con una chica 20 años más joven, tampoco estaba entusiasmado ante la perspectiva de tener enfrente a una Lourdes distinta, a una mujer mucho más exigente, que ya no le iba a tolerar sus mentiras, sus incongruencias y sus egoísmos.

Reconoció que en el fondo él era feliz sintiéndose libre, sin ataduras, cultivando relaciones superficiales, y mintiendo siempre que le viniese bien.

En la última consulta, comentó que estaba demasiado habituado a mentir, que muchas veces lo hacía sin necesidad y que, siendo sincero, no podía comprometerse a una relación sin infidelidades. «¡No he nacido para ser fiel!», sentenció.

Las diferencias entre Paloma y Álvaro son enormes. Los dos fueron infieles, pero mientras Álvaro se justificaba, no se sentía culpable e intentaba seguir amparándose en las mentiras, Paloma afrontó su verdad y asumió que se ganaría su propio perdón y, para ello, la mejor forma de hacerlo era proponiéndose ser cada día más feliz y transmitiendo esa felicidad a su marido y a sus hijas.

Cuando una persona piensa que tiene derecho a ser infiel, la mentira será una constante en su vida.